

DARÍO HACE CIEN AÑOS...

Carlos Tünnermann Bernheim

EL AÑO 1912 fue para Rubén Darío un año apoteósico, pero también de un sensible deterioro en su salud, ya resentida por sus excesos.

La empresa de *Mundial* y *Elegancias*

El 20 de marzo de 1911, Darío había firmado en París un contrato con los jóvenes empresarios uruguayos, Alfredo y Armando Guido para asumir la dirección literaria de dos revistas: *Mundial* y *Elegancias*. La revista *Mundial* sería una revista de carácter literario y *Elegancias* estaría dedicada principalmente a un público femenino. Ambas circularían en España y en América Latina. Aunque Rubén no deja de tener sus reservas, pues no se le escapa el carácter mercantil de la empresa, acepta el encargo tanto para mejorar su siempre escuálida economía como por la posibilidad de hacer de *Mundial* un vehículo de difusión de la nueva estética de la que él era, en ese momento, su más alto representante. Invitaría a colaborar, como en efecto lo hizo, a sus amigos escritores, poetas y artistas, cuyas colaboraciones serían pagadas.

Rubén dedicó todas sus energías a preparar los primeros números de *Mundial*, que de inmediato tuvieron una gran acogida por la calidad de sus artículos. Baste mencionar que en el primer número, publicado en mayo de 1911, aparecieron trabajos de Amado Nervo, Enrique Larreta, Leopoldo Lugones, Rufino Blanco Fombona, A. V. Mandet, Andres Ibels, Franco H. Rossi, Hugo D. Barbagelata, Alejandro Sux, Marie Bertin y del propio Darío.

El éxito de ambas revistas produce una gran satisfacción a su director, pero también no pocos sinsabores por la tacañería de los hermanos Guido, que no siempre estaban dispuestos a pagar cumplidamente los honorarios convenidos con los escritores. Varios de ellos se molestaron y algunos incluso la emprendieron contra el pobre Rubén, que hacía todo lo posible para que se pagara puntualmente lo ofrecido.

Con todo, el prestigio de la revista *Mundial* se consolidó en poco tiempo. Desde sus columnas Darío dio a conocer no solo a los ya consagrados sino también a los nuevos valores literarios y artísticos de todas las Españas, incluyendo a pintores, que más tarde alcanzarían fama internacional y que embellecían los números de la revista con sus ilustraciones y reproducciones de sus obras.

Imposible enumerar a todos los colaboradores de los primeros números, pero cabe mencionar entre ellos a Francisco Villaespesa, Alcides Arguedas, Manuel Ugarte, Andrés González Blanco, el Conde de las Navas, Fabio Fiallo, Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Ramón del Valle Inclán, Pompeyo Gener, Eduardo Carrasquilla Mallarino, Luis Carlos López y otros. Lo más sobresaliente de las letras hispanoamericanas de entonces desfilaron por las páginas de la revista.

Viaje para promocionar las revistas

Ante el éxito de las revistas, en 1912, los hermanos Guido deciden organizar un viaje por varios países para promocionar las revistas y conseguir más suscriptores y anuncios. Por supuesto, Rubén sería, por su ya enorme prestigio, la atracción principal. Darío, dice Edelberto Torres, barrunta que lo llevan “como cartel de proponga”, pero acepta emprender la gira por España, Portugal, Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, aunque este último país finalmente fue suprimido por la estropeada salud del poeta.

Los hermanos Guido organizan una cena de despedida en el Café Riche de París, al que asisten los escritores

hispanoamericanos más destacados residentes en la Ciudad Luz. Al agradecer el homenaje, Darío expresa brevemente su intención de hacer de las revistas “un puente de encuentro de la intelectualidad iberoamericana, con cuya buena voluntad he de contar en ambos continentes”.

Primera escala: Barcelona

El periplo, cuyo itinerario narraremos siguiendo de cerca las páginas que al mismo dedica el profesor Edelberto Torres en su biografía de Rubén Darío, arranca en la estación del tren de Lyon, en París, con destino a Barcelona, siendo despedidos por un grupo de jóvenes escritores y pintores, a quienes Rubén ha dado a conocer en las columnas de la revista *Mundial*. La comitiva la integran Darío, Alfredo Guido, el periodista Javier Bueno y el fotógrafo Boyer.

En la estación de Barcelona un gentío se agolpa para dar la bienvenida al gran poeta. Han acudido a saludarlo, entre otros, el expresidente José Santos Zelaya, todos los cónsules de los países hispanoamericanos, escritores y artistas de los países hispanoamericanos, entre ellos Vargas Vila y Pompeyo Gener.

El primero en homenajearlo en su lujosa villa es Zelaya. El Ateneo de Barcelona celebra una velada en su honor, en la que la condesa de Castellá recita el soneto “Margarita” y el poema “Blasón”. La Casa de las Américas le ofrece una cena y en su discurso de ofrecimiento Pompeyo Gener afirma que Darío “es una gloria de la especie humana” y agrega: “A él le ha reservado la suerte el unificar con sus cantos el alma de los pueblos hispanos de ambos continentes”. Darío lee su poema “La rosa niña”, recién publicado en *Mundial*.

Visita a Madrid

Madrid, la siguiente escala, no se queda atrás en cuanto a homenajes y reconocimientos al “Padre del Modernismo”. El espléndido Mariano Miguel de Val, benefactor de Darío, le ofrece una recepción, a la que Rubén no puede asistir por sentirse

indispuesto. Son los primeros síntomas del cansancio que se le irá acumulando durante los ajetreos de la gira. Recuperado, visita al conde de las Navas, director de Biblioteca Real y viejo amigo suyo. Recibe en el hotel la visita de Ramón del Valle-Inclán. El Ateneo de Madrid le ofrece una velada, donde Jacinto Benavente tiene a su cargo el discurso de ofrecimiento. La concurrencia de escritores, artistas y políticos es nutrida y ovaciona a Darío cuando aparece en el estrado. Benavente enaltece los méritos literarios de Rubén y se pregunta: “¿Qué discurso valdrá lo que un solo verso de Rubén Darío, escrito en noble lengua castellana?”. A su vez, el escritor Joaquín López Barbadillo afirma en su discurso: “He aquí a uno de los más altos adivinos que han escrito en español desde que se habla español”... Rubén ha modelado la palabra rítmica, adaptándola a cada uno de los moldes en que puede vaciarse el alma humana”... “Ved que llega Rubén, y que pasa magnífico por el campo de la poesía española”. Vienen luego declamaciones de versos de Darío, a cargo de bellas actrices. Finaliza la ceremonia con la lectura, por el homenajeado, de un corto poema.

Recepción en Portugal

Lisboa es tan cordial con Darío como Barcelona y Madrid. Las visitas a su hotel se suceden durante todo el día: escritores, artistas, los ministros y cónsules hispanoamericanos. El ministro de Nicaragua en Portugal, el venezolano doctor Simón Planas Suárez, le ofrece una fiesta en la sede de la Legación de Nicaragua, a la que asiste, en palabras del profesor Torres “la flor de la aristocracia, de la diplomacia y de la intelectualidad residente en Lisboa”, incluyendo al primer ministro del Gobierno. Darío le comenta a sus anfitriones que “nunca había visto congregado en su honor un número tan crecido de gentes de las altas esferas sociales”. Agotado de tantas celebraciones, Rubén y su comitiva se embarcan en el vapor *Hollanda* con destino al Brasil. El 3 de junio de 1912 el barco entra en la estupenda bahía de Río de Janeiro.

Espléndido recibimiento en Brasil

Un diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores sube al vapor *Hollanda* para dar la bienvenida al poeta en nombre del ministro de Relaciones Exteriores. Instalado en el hotel, acuden a saludarlo los representantes diplomáticos iberoamericanos, escritores y periodistas. Al día siguiente visita al ministro de Relaciones Exteriores y Rubén escribe una crónica para *La Nación* de Buenos Aires sobre su conversación con el canciller brasileño. Luego visita al propio presidente de la República, mariscal Hermes de Fonseca. En sesión solemne lo recibe la Academia de Letras brasileña. El escritor José Veríssimo lo saluda reconociéndolo como “uno de los mejores representantes de espíritu latinoamericano”. Lo agasaja lo más granado de la intelectualidad brasileña, entre ellos Joao Ribeiro, Souza Bandeira, conde Alfonso Costa, Affranio Peixoto, Silva Ramos y Augusto da Lima. A una de las múltiples cenas asiste el escritor francés Paul Adam, uno de los “raros” de Darío, por entonces de visita en Brasil. En la prensa se anuncia que Darío dictará, en el “Club de los Diarios”, una conferencia sobre Joaquín Nabuco, notable escritor y estadista brasileño. Asisten el presidente de la República y varios miembros de su gabinete. Darío está en su hotel imposibilitado. La conferencia la lee el periodista Javier Bueno, pero el acto pierde su lucimiento por la ausencia del gran poeta.

Antes de viajar al vecino Uruguay, visitan Sao Paulo, donde los diarios informan ampliamente sobre la visita de Darío y en el puerto de Santos, tras un almuerzo que les ofrece el periodista Tito Bazil, embarcan en el *Frisia* con destino a Montevideo, donde las instituciones culturales ya han organizado comisiones encargadas de preparar los múltiples homenajes para el altísimo poeta.

En la patria de Artigas

En la dársena donde atraca el barco, le dan la bienvenida los representantes de las entidades que se proponen honrarlo, entre ellos Carlos Vaz Ferreira y su hermana María Eugenia,

Eduardo Rodríguez Larreta, Angel Falco y Luis Alberto Schinca. Esta vez se hacen presentes, para saludar al poeta, delegaciones de profesores y de los sindicatos obreros. Un enjambre de periodistas y fotógrafos acosan a Darío. El entusiasmo del gentío es desbordante y sugieren desfilan a pie hasta el Gran Hotel Latana, pero la fatiga del poeta no lo permite. Como la visita será de un mes, Darío pide reposar la primera semana para recuperar sus energías. Durante su descanso, Rubén lee con admiración poemas de la joven poeta uruguaya Delmira Agustini. Sus amigos organizan una visita a la casa de la familia de la poeta, cuyo potente estro Rubén capta de inmediato. Delmira, a su vez, es gran admiradora del poeta nicaragüense, cuyas obras ha leído. Durante la visita Rubén escribe en el álbum de Delmira: “De todas cuantas mujeres hoy escriben en verso, ninguna ha impresionado mi ánimo como Delmira Agustini por su alma sin velos y su corazón en flor... Si esta niña bella continúa en la lírica revelación de su espíritu, como hasta ahora, va a asombrar a nuestro mundo de habla española”. “Darío, escribe Edelberto Torres, despierta en Delmira una psíquica aleación de amor, entusiasmo y admiración”. Ella, que es pionera en expresar en su poesía un erotismo femenino franco, se apasiona por Rubén, a quien escribe varias encendidas cartas y, sin refrenar su emoción, le confiesa su inmensa admiración. Con mucha circunspección, finalmente, Darío le contesta desde Buenos Aires prometiéndole publicar su poema en *Mundial* y asegurándole que goza de “su absoluto afecto mental” y que “intelectualmente la mira y admira”.

La visita a Uruguay fue muy exitosa. Rubén estuvo a la altura. Tras saludar al presidente de la República, en el teatro Solís, ante una gran concurrencia lee, con voz clara y audible, su conferencia sobre el poeta Julio Herrera y Reissig. Luego, en el homenaje del Ateneo, lee su soneto “A Montevideo”, que provoca una ovación del público. El soneto se divulga ampliamente y hasta un compositor le pone música y se convierte en canción popular. Entre los asistentes destaca el autor de *Tabaré*, Juan Zorrilla de San Martín. No asiste ni saluda a Darío durante su estancia en Montevideo José Enrique Rodó, pese

a que Darío lo menciona siempre en términos elogiosos. En el teatro Urquiza, días después, Rubén es ovacionado cuando sale al escenario. Entre los asistentes están muchos estudiantes universitarios. Se lee una poesía de Delmira Agustini, dedicada a Darío. Rubén agradece con un breve discurso, que no disminuye el entusiasmo de los asistentes. Siguen las visitas a San José, Salto y Paysandú, antes de viajar con destino a Buenos Aires.

Otra vez en la gran cosmópolis

Una abigarrada multitud le da la bienvenida en el puerto de Buenos Aires. Proliferan los discursos llenos de admiración. Acude a saludarle una representación de los estudiantes universitarios. Una serie de homenajes han sido preparados por la intelectualidad argentina. Rubén es bien conocido y apreciado. En Argentina cuenta con muy buenos amigos desde su anterior visita en 1893, que se prolongó hasta 1898. Todos los medios escritos, a la cabeza de ellos *La Nación*, con la que ha colaborado por muchos años, saludan su presencia en términos afectuosos. Darío publica un artículo en *La Nación* con el título de “El retorno”, donde ratifica su cariño para la que él llama su segunda patria. En audiencia especial es recibido por el presidente de la República, el doctor Roque Sáenz Peña, amigo personal de Darío. Se le ofrece un banquete en el hotel España, que reúne a lo más representativo de la intelectualidad argentina. Viejos y nuevos valores que coinciden en la admiración por el autor de los “Cantos de Vida y Esperanza”. En el teatro Odeón, Rubén lee su conferencia “Mitre y las letras”, interrumpida varias veces por el aplauso de los asistentes. “La Nación”, en su crónica del acto, califica la conferencia de Darío como “un verdadero acontecimiento literario”. Los organizadores del Ateneo Hispanoamericano le invitan a la inauguración del mismo, que será una sesión en honor de Rubén. Para corresponder Darío lee el poema “Español”, escrito especialmente para la ocasión. La penosa situación de Nicaragua, donde ha estallado nuevamente la guerra civil conocida como “guerra de Mena”, mueve a Rubén a publicar en *La Nación* su artículo intitolado

“El fin de Nicaragua”, crónica de la desgraciada vida política de su patria.

Durante el último mes de su estadía en Buenos Aires, la revista *Caras y Caretas*, lo contrata para que escriba su autobiografía y le facilita los servicios del joven Julio Castellano, a quien Rubén dicta “*La Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*”. Rubén, con horario de trabajo fijo, cumple su tarea entre el 11 de septiembre y el 5 de octubre de 1912. Mientras tanto, en Chile, Luis Orrego Luco y Francisco Contreras preparan la visita a ese país, cancelada a última hora por el cansancio de Darío, quien deja a *La Nación*, para futura publicación, otro trabajo que ha preparado con los textos de algunas conferencias leídas en Uruguay: *Historia de mis libros*. En el transatlántico Zelandia la comitiva sale rumbo a París el 5 de octubre de 1912. A su paso por Montevideo, la poetisa Delmira Agustini, desde una dársena, ve de lejos a su admirado poeta.

El año 1912 concluye para Darío el 20 de diciembre con el banquete que en París le ofrecen poetas y escritores franceses, generalmente poco inclinados a homenajear a los autores latinoamericanos. La invitación, que firma el “Príncipe de los poetas franceses” Paul Fort, dice que es para festejar el regreso a París del “Príncipe de los poetas de la lengua española”.